se dirigió al frente de un poderoso ejército contra los escitas que ocupaban el delta del Danubio y las costas septentrionales del Mar Negro, empresa que no tuvo buen éxito, si bien fué compensada con el vasallaje á que se vieron reducidos los monarcas de Macedonia respecto del de Persia.

Darío, dotado de un genio altamente organizador, arregló el gobierno de su anchuroso imperio, dividiólo en gobiernos ó satrapías, mandó construir caminos, estableció correos y reformó convenientemente las monedas persas. De las memorables guerras *pérsicas*, comenzadas en su época, hablaremos con la debida extensión en el siglo 5°.

BABILONIA.

Fin del Imperio neo-babilonio (538). — La toma de Babilonia por Ciro el Grande, de que ya hemos hablado más arriba, puso término al imperio neo-babilonio, inaugurado sesenta y ocho años antes, en 606, por Nabopolassar.

EGIPTO.

Amasis (569-525).— Los dos inmediatos sucesores de Necao, Psammético II y Apries, poco notable legaron á la historia. El último fué destronado por Amasis (en egipcio A'ahmes) quien inauguró la XXVII dinastia (569). La tradición griega presenta á este soberano como personaje hábil y entendido en los negocios de gobierno, que dispensó gran favor á los helenos y promovió el bienestar de su reino durante el largo tiempo en que ejerció el mando supremo.

Dominación de los Persas.—El mismo año en que murió Amasis (525) avanzó contra Egipto un formidable ejército acaudillado por Cambises. Psammético III, hijo y sucesor de Amasis, fué derrotado y muerto, según hemos dicho al referir el reinado de Cambises, y el viejo imperio de los Faraones sucumbió sin gloria, ante las tropas del joven reino de los persas, quienes, además del valle del Nilo, sojuzgaron fácilmente á los libios, á los griegos de las colonias de Cirene y Barka, y á los etiopes de Napata.

La dominación de los persas en Egipto duró doscientos años—desde 525, fecha de la invasión de Cambises, hasta 332 en que Alejandro de Macedonia unió aquel antiguo país á su vastísimo y poco estable imperio. El dominio persa en Egipto, sin embargo, no fué ni tranquilo ni continuo durante esos dos siglos: frecuentes rebeliones obligaban á los reyes de Persia á enviar poderosos ejércitos que castigaban cruelmente al país del Nilo, haciéndole sentir más y más pesada la cadena de la dependencia; y á favor de esas turbulencias reinaron efímeramente algunos obscuros monarcas egipcios que forman los dinastías XXVIII, XXIX y XXX, incrustadas en el largo período de la dominación persa. Sólo la casta sacerdotal, favorecida por la hábil política de los reyes *Aquemenides*, aparece entonces en Egipto satisfecha y bien hallada con la opresión de los extranjeros.

SIGLO 5°.

APOGEO DE GRECIA.

SUMARIO.

—

Grecia.—Guerras pérsicas, sus causas.—Primera guerra pérsica (499—485).—Batalla de Maratón (490).—Segunda guerra pérsica (485—419).—Las Termópilas (480).—Batalla de Salamina (480).—Batallas de Mycala y de Platea (479).—Reconstrucción de Atenas (479—477).—Destierro de Temístocles (471).—Cimón.—Traición y muerte de Pausanias (469).—Batalla del Eurimedonte (466).—Tercera guerra entre Esparta y Mesenia (466—455).—Fin de las guerras pérsicas (449).—Gobierno de Pericles en Atenas (459—429).—Guerra del Peloponeso (431—404).—Trasíbulo; restablecimiento de la democracia en Atenas (403).

Persia.—Reyes persas en el siglo 5°.—Retirada de los diez mil (401—400).

Roma.—Creación de los tribunos del pueblo (494).—Cincinato, dictador (458—454).—Los Decenviros (452—449).—El código de las doce tablas (449).—Guerras entre Roma y varios pueblos de Italia durante el siglo 5°.

GRECIA.

Guerras pérsicas, sus causas.—Las memorables luchas entre Grecia y Persia, llamadas *guerras pérsicas*, comenzaron con el

siglo 5.° y extendieron hasta los más remotos países el nombre y las hazañas de los griegos. Las divisiones que separaban entre sí á los Estados de Grecia excitaron la ambición de Darío I.° rey de Persia, quien dueño ya de todas las colonias griegas del Asia, creyó llegada la hora de ensanchar su dominación en Europa á costa de enemigos que consideraba débiles porque se hallaban divididos. Además, el pisistrátida Hipías, refugiado en la corte del gran rey desde su expulsión de Atenas, no cesaba de aconsejarle que llevase sus armas contra Grecia con la esperanza de recobrar el poder, aunque fuese en grave daño de la patria común.

Primera guerra pérsica (499-485).—Las opresas colonias griegas del Asia, auxiliadas por los atenienses, se levantaron (499) contra sus dominadores é incendiaron á Sardes, capital que fué del reino de los lidios. Darío, por medio de sus generales Hymeas, Artafernes y Mardonio, logró reducir de nuevo á las colonias al cabo de una campaña que duró algunos años (499-493).

Engreído el rey con esta victoria, decidió conquistar la Grecia central, y después de que sus embajadores pidieron en Esparta y Atenas la *tierra y el agua*—fórmula entonces usada para exigir la sumisión de los pueblos—una poderosa escuadra persa al mando de Datis, que venía acompañado del odioso Hipías, entró en Eretria cuyos moradores fueron degollados y puso en las costas áticas á los 110,000 hombres que traía á bordo, los cuales acamparon en la aldea de Maratón.

Batalla de Maratón.—Los atenienses se habían aprestado con ardor patriótico: solicitaron la ayuda de Esparta y de otros Estados griegos, pero aquella se mostró remisa y éstos se manifestaron vacilantes y medrosos. Por fortuna, sobraba en Atenas entusiasta valor, y ejercían allí los más altos empleos esos varones destinados á perpetua fama que se llamaban Milciades, Calímaco Temístocles, Esquilo, Arístides y Xántipo. Un pequeño ejército de 11,000 hombres mandado por Milciades atacó y derrotó á los persas en Maratón (29 de Septiembre de 490 a J. C.), obligándoles á refugiarse en su escuadra. Apenas cesó el combate, un soldado griego quiso ser el primero que llevase á Atenas la nueva de tan

espléndida victoria, y á pesar de su cansancio, y sin soltar sus armas, corrió hacia la ciudad y al llegar á la plaza pública cayó sin vida después de anunciar la rota de los persas.

En vano Datis quiso sorprender á Atenas; que Milciades acudió á defenderla, forzando al enemigo á retirarse á las costas asiáticas. Luego, el vencedor de Maratón fué enviado á reducir aquellas de las Cícladas que habían fraternizado con los invasores, y como la expedición fracasase ante Paros, el valiente Milciades, humillado y herido en el combate, acabó sus nobles días en la cárcel porque no pudo pagar la multa que se le impuso.

Segunda guerra pérsica (485-449).—Jerjes, sucesor de Darío, se ocupó desde luego en proseguir la guerra, y sus preparativos fueron dignos de la empresa. En cambio, Atenas, que algún tiempo antes había sido el antemural de todos los helenos, se enervaba en intestinas discordias ó gastaba sus fuerzas en lucha fratricida contra Egina. Por dicha, Temístocles, grande hombre de Estado y hábil general, se apoderó á la sazón del mando, y con él, de la dirección de la guerra. El pueblo ateniense desterró á Arístides, varón renombrado por su justicia y virtud, pero que entonces embarazaba con poderosa oposición todas las disposiciones de Temístocles. Este terminó la lucha entre Atenas y Egina, armó una formidable escuadra, obligó á los ricos á sostener las tropas y convocó á todos los Estados griegos, los que por medio de representantes que se reunieran en Corinto, acordarían la mejor resistencia panhelénica. Esparta, Egina, Platea y Tespie respondieron al llamamiento, pero en los demás miembros de la familia griega reinaba el terror, ó mezquinos recelos los mantenían en ignominiosa quietud.

Después de cuatro años de preparativos, Jerjes se movía al fin desde el fondo de sus Estados llevando tras sí el más grande ejército que ha seguido los pasos de un conquistador. Aquella muchedumbre llegó á la orilla asiática del Helesponto en la primavera del año 480 a J. C., y por dos puentes de barcas, echados entre Abydos y Sestos, pasó á la costa de Europa durante siete días con sus noches.

Eran las tropas de tierra unos 900,000 guerreros, entre los cuales había 80,000 de caballería y 20,000 indios y libios, conductores de carros y dromedarios. La escuadra, compuesta de 1,207 buques de guerra, conducía 36,000 soldados de marina y 250,000 tripulantes; los 3,000 buques de transporte llevaban un contingente de 150,000 hombres y el tren de guerra tenía 400,000. Esta formidable invasión, mandada por Jerjes en persona y por los generales Mardonio, Smerdomenes, Megabizo, Gergis y Aquemenes, ocupó á Dorisco, en Tracia, y en los primeros días de Agosto marchó hacia el Sur dividida en tres cuerpos y apoyada en su potente escuadra que navegaba cerca de la costa.

Las Termópilas (480).—A medida que avanzaban los asiáticos mayor era el desaliento de varios Estados griegos, de los que algunos se sometieron al invasor y otros permanecieron neutrales. Los de Argos pretendían el mando de la escuadra, y desairados, se pasaron á los persas; ambicionábalo también Gelón, tirano de Siracusa, en cambio de los socorros que ofrecía, y habiéndosele así mismo negado, no envió ninguno, con pretexto de que Cartago amenazaba á Sicilia. Sólo Esparta y Atenas, asistidas por algunos pequeños Estados, aceptaron la inmensa tarea de contrastar á los persas.

Estos avanzaron, y los confederados decidieron disputarles el paso de la Grecia septentrional á la del centro. Entre Tesalia y Lócrida se estrecha la garganta de las *Termópilas*, formada por los escarpados estribos del Œta y del Calidromón y por el mar; desfiladero tal, que apenas podía pasar por él un carro de frente. A guardar este paso fué enviado el rey Leónidas de Esparta con trescientos compatriotas suyos y otros cuerpos de confederados que formaban un total de siete mil hombres.

Cuando supo Jerjes que los espartanos guardaban el paso envió á decirles que le rindiesen las armas: *Ven á tomarlas*, fué la respuesta. Y como al desplegarse el numeroso ejército invasor en las llanuras que preceden á las Termópilas un soldado griego exclamara: *Son tantos nuestros enemigos que sus flechas nos cubrirán el sol.* —*Mejor*, dijo Leónidas; *así pelearemos á la sombra.* Comenzó

la lucha y los persas fueron rechazados en todos los asaltos; pero durante la noche el general asiático Hidarnes y 30,000 de los suyos, guiados por el traidor Epialtes, voltearon la posición de los griegos desbaratando un cuerpo de focenses que resguardaba aquel punto. Al ver el héroe espartano que era imposible sostenerse más, ordena á las tropas auxiliares que se retiren, y seguido de sus trescientos compatriotas se arroja contra las espesas columnas de los persas y muere con todos sus soldados, cubiertos de heridas y de gloria (4 de Agosto de 480). Jerjes mandó crucificar el cadáver de Leónidas, pero en el lugar en que sucumbieron aquellos héroes se grabó después esta inscripción qne se atribuye al poeta Simónides: "*Pasajero, vé á decir á Esparta que aquí hemos muerto obedeciendo sus santas leyes.*"

Batalla de Salamina (20 de Septiembre de 480).— El ilustre Temístocles propuso en Atenas que se llamase á los desterrados, y su enemigo, el integérrimo Arístides, acudió en defensa de la patria. Aquel eminente hombre de Estado quizás obligó al oráculo á decir que los atenienses buscaran su salvación en muros de madera, lo cual entendieron que significaba los buques de la escuadra. Las mujeres, los niños y los tesoros fueron llevados á otras ciudades griegas, y los hombres de Atenas tripularon trescientas naves que se hicieron al mar hasta la punta del cabo Artemisión. Allí empezaron las disputas sobre el mando, y el voto de los confederados eligió al espartano Euribiades jefe de la armada. A Temístocles no impidió este inmerecido desaire aconsejar lo que creía mejor, y en un consejo se exaltaron tanto los ánimos que Euribiades llegó á levantar el bastón contra él, y Temístocles, impertérrito, es fama que le dijo; "*Da, pero escucha.*"

La desierta Atenas fué incendiada por los persas, pero la patria está donde están los ciudadanos, y el alma del Atica alentaba enérgica y valiente en la escuadra, que fuerte de 300 buques y 70,000 confederados se hallaba entre el Artemisión y Salamina. Al rayar la aurora del 20 de Septiembre de 490 comenzó el combate entre esa flota y la de los persas que vino á su encuentro, y ésta fué derrotada; Jerjes ordenó que los restos de su vencida hues-

te se retirasen al Helesponto, y él mismo, sin gloria ni trofeos, no tardó en volver al Asia, dejando á Mardonio con 300,000 hombres para que continuase la guerra.

Batallas de Mycala y de Platea [479].—Un año después de la victoria de Salamina volvieron las armas griegas á cubrirse de gloria en las llanuras de Platea. Allí, en esa comarca de Beocia, 110,000 confederados helenos al mando del espartano Pausanias y del ateniense Arístides destrozaron á los persas que perdieron cien mil hombres, contándose entre los muertos el mismo Mardonio.

En ese mismo día un pequeño ejército griego, acaudillado por el ateniense Xántipo y el espartano Leotíquidas, destrozaba á 40,000 persas en el promontorio de Mycala [frente á la isla de Samos en el Asia Menor], y Xántipo se apoderó en seguida de Sestos y de las islas de Imbros y Lemnos.

Después de las batallas de Salamina y de Platea desapareció de Grecia la invasión de los persas, y los helenos al recojer el inmortal lauro de la victoria conquistaron una importancia histórica universal: la invasión de los pueblos asiáticos había sido rechazada y contenida; la estrella de los *Aqueménides* comenzaba á palidecer; los griegos se alzaron militar y moralmente sobre los pueblos del Oriente, y había llegado el momento en que la dirección del movimiento histórico universal debía pasar de aquellos á la nación griega, la cual habría de conservarla hasta que le fuese arrancada por la vigorosa Roma.

La guerra entre Grecia y Persia continuó por espacio de treinta años á contar desde las batallas de Salamina y de Platea, pero el teatro de las operaciones no fué ya la Grecia central, sino la Grecia asiática. Enmedio de la guerra, proseguida con mas ó menos vigor hasta la paz que le dió término (449), se desarrolla magnífica la historia de las principales comarcas de Grecia, particularmente las de Atenas. En el relato que sigue nos ajustaremos al orden cronológico, tratando alternativamente de los asuntos interiores de Grecia y de los principales sucesos de la guerra pérsica.

Reconstrucción de Atenas [479—477].—La serie de espléndidas victorias alcanzadas sobre las persas permitió á los atenienses reconstruir su ciudad, y la democrática Atenas se alzó más suntuosa que nunca. Apesar de la recelosa oposición de Esparta el gran Temístocles mandó construir fuertes murallas en torno de

la gloriosa capital del Atica, dispuso que se fortificase el puerto de Pireo y que cada año se aumentase la escuadra con 20 buques, proponiéndose así convertir á su patria en la metrópoli del imperio marítimo de los helenos.

Destierro de Temístocles [471].—La envidia de los espartanos, el celo de poderosos émulos y el temor que á los mismos atenienses inspiró la grande influencia de Temístocles produjeron al fin el destierro de este hombre ilustre que se vió obligado á refugiarse en Argos (471). Allí le siguió la saña de sus enemigos, y el viejo león de Salamina huyó á la corte de Admeto, rey de los molosos, y luego, á la de Artajerjes I.° que acababa de suceder á su padre Jerjes en el trono de los persas.

Aquel monarca recibió con favor al ilustre fugitivo y le erigió un señorío formado de Magnesia y otras ciudades griegas del Asia Menor, en el que vivió hasta su muerte, acaecida en 461. En Grecia se conservó la tradición de que Temístocles, urgido por su protector para hacer la guerra á su misma patria, abrevió sus días con el suicidio.

Cimón.—Este hijo del gran Milciades se distinguió en las guerras pérsicas y unido con Arístides dirigió la política de Atenas después de la expatriación del vencedor de Salamina. De espíritu noble, hábil y bravo guerrero y experto hombre de Estado, Cimón conquistó el cariño de los atenienses, el respeto de los espartanos y la admiración de los otros hijos de Grecia.

Traición y muerte de Pausanias (469).—Aquel espartano que venció á Mardonio en los campos de Platea recogió después nuevos laureles en Chipre y en Bizancio, pero la ambición y el orgullo le empujaron á concertarse con los persas, á quienes prometió su ayuda contra la patria en cambio de la dominación que le ofrecieron erigir en su provecho. Acusado Pausanias varias veces ante el gobierno de Esparta pudo salvarse á fuerza de audacia; pero día llegó en que los éforos ordenasen su prisión y el vencedor de Platea se refugió en el templo de Atene Calciecos. Entonces el tribunal competente, sin atentar al derecho de asilo, mandó tapiar la puerta del santuario, y díjose que la misma madre del traidor llevó la primera piedra.

Batalla de Eurimedonte (466).—El intrépido Cimón continuó con éxito la guerra marítima contra los persas; al frente de una escuadra los derrotó en la desembocadura del Eurimedonte (Panfilia, en Asia Menor); deshizo luego una flota fenicia, aliada de aquellos; conquistó para Atenas el Quersoneso tracio, y sometió las islas de Naxos y de Thasos que se habían separado de la liga *délica*, confederación así llamada á la que presidió Atenas para resistir á las nuevas invasiones que intentasen los persas.

Tercera guerra entre Esparta y Mesenia (466—455).—Doscientos años después de la segunda guerra que sostuvieron uno contra otro, tornó á encenderse nueva hostilidad entre esos dos estados del Peloponeso. Quedó vencida Mesenia y sus habitantes fueron reducidos á la esclavitud; algunos, más felices, pasaron á Sicilia donde erigieron la ciudad de Mesina, y otros se desparramaron por los desiertos líbicos.

Fin de las guerras pérsicas [449].—Desterrado Cimón por el partido democrático de Atenas y vuelto á llamar por sus compatriotas, hostilizó de tal manera á los persas en las costas asiáticas que les obligó á firmar un tratado (449), el cual terminó la guerra, comenzada cincuenta años antes. El ilustre ateniense no pudo gozar del fruto de esta última victoria, pues que murió á poco de haberse ajustado la paz que lleva su nombre. En virtud de este pacto, los persas reconocieron la autonomía de las ciudades griegas del Asia Menor; en cambio, los atenienses les devolvieron la isla de Chipre, y desertaron de su alianza con los egipcios, alzados en aquel tiempo contra la dominación persa.

Gobierno de Pericles en Atenas (459-429).—El poder que durante treinta años ejerció ese ilustre ciudadano marcó el período culminante de la grandeza ática, y si hoy el nombre de Atenas halla eco en todos los pueblos cultos, si evoca el recuerdo de espléndido florecimiento sin igual en el mundo antiguo, débese á la sabia dirección que recibió del eminente Pericles. Hijo del esforzado Xántipo, fué educado brillantemente y desde muy joven se unió al partido democrático; su infatigable energía, sus bélicas hazañas, su austera vida, y sobre todo, su majestuosa elocuencia, le valieron el inmenso influjo que conservó hasta su muerte.

Después del destierro de Cimón en 459, Pericles intervino poderosamente en la política de Atenas, y uno de sus primeros actos fué la reforma del Areópago y la democratización de la justicia, y luego, supo conducir con vigor la guerra que había suscitado al Atica la envidiosa Esparta, hasta obligar á este altivo y cauteloso Estado á celebrar la paz con Atenas, que entre todas las porciones de Grecia era la que mayores sacrificios hizo por la patria. Dotado de un genio como pocos nos ofrece la época antigua, Pericles aspiró á que Atenas fuese la capital espiritual del mundo griego, y por su influencia y noble esfuerzo la ciudad de Minerva llegó á ser el centro y foco de la más elevada actividad intelectual. Las artes, ciencias, letras y el comercio florecieron bajo su gobierno; las armas atenienses triunfaron casi siempre en su tiempo, y dos años después de haber comenzado la guerra del Peloponeso, precisamente cuando era más necesaria su vida, Pericles cesó de vivir [429] y su desaparición fué una gran calamidad para el Atica.

La época esplendorosa de Pericles, fué como dijimos ya, la del noble progreso intelectual que caracterizó á Grecia en los siglos 5° y 4° antes de la Era vulgar. Bajo la protección de aquel hombre de Estado se reunieron los más célebres representantes de todos los sistemas filosóficos, precursores de la grande escuela que vivió hasta el siglo 6º después de Jesucristo, los cuales establecieron distintas divisiones, como la jurisprudencia; la astronomía, á cuyo frente se puso Metón; y la medicina, en que descolló Hipócrates de Cos. Floreció más que nunca la oratoria, vigorosa y lozana, en la que sobresalió Antifo, y el primero y sin rival, el mismo Pericles, y la historiografía produjo en aquel siglo dos obras tan importantes como la de Herodoto y la de Tucídides.

El arte griego, bajo los auspicios del grande ateniense, se remontó con majestuoso vuelo á extraordinaria altura. Esquilo consagró en sus *Persas* la heroidad de los helenos durante la guerra nacional, y más tarde celebró en las *Euménides* el antiguo valor caballeresco del Areópago, despojado ya de su poder político por la joven y triunfante democracia; pero el austero anciano, adicto á la vieja constitución, prefirió vivir sus últimos años lejos de la patria y murió en Sicilia. En cambio, el eminente Sófocles, movido por la influencia de Pericles, dotó á su pueblo con las más ideales creaciones del arte dramático y reflejó en sus obras el vivo resplandor del Atica en aquel siglo, al mismo tiempo que Anacreonte en Teos cantaba el amor en dulcísimas estrofas, y Píndaro de Tebas exhalaba en sus odas el ardor patriótico de los helenos.